

LINA

Me siento como James Stewart en la Ventana indiscreta. *Son las seis y veinticinco*. La luz de las farolas acaba de apagarse. En la calle, la perezosa claridad del día va emergiendo poco a poco. Tardará un rato en imponerse sin complejos para descubrir cada rincón, para dejar en evidencia la decadencia del barrio y de sus gentes. El resplandor repentino de unos focos aparece desde la derecha —pienso de pronto que, si viviese en los impares, la misma acción, el mismo hecho, lo vería, sin embargo, desde una perspectiva totalmente opuesta, como reflejada en el azogue de un espejo—, reviste la calle de una luminosidad impostada, que desaparecerá en pocos segundos. Giro el cuello y agudizo mi mirada para verla aparecer por la esquina de la calle de la Ruda. Lo hace puntual, como siempre, dejando tras de sí una estela de desesperanza que alcanza los portales, las ventanas, las aceras, los vehículos aparcados en desorden, y me alcanza a mí. Su rostro, sin lustre, se muestra tal como es. Lejos quedan los días de esplendor sobre las tablas del teatro de la Latina en la cercana plaza de la Cebada. Pretéritas tardes de comedia bajo el resplandor nutritivo de los focos. Alborozado su espíritu por el analgésico atronar de los aplausos. Diez minutos fue el récord, y cuatro, las veces que tuvo que salir a saludar aquel día, doblar la espalda mientras llevaba su mano al pecho en un gesto de agradecimiento. Replegada sobre sí misma, arrastra una escasa anatomía, que, a pesar de todo, sigue poseyendo, en cierto modo, aquella gracia irreductible que un tiempo le dio fama. De las mangas anchas de su camisola negra, asoman dos sarmientos: un cruel remedo de lo que un día fueron sus manos. Con el derecho sostiene un bastón, que no utiliza como sostén, sino como guía; le da seguridad, los gruesos cristales de sus gafas hace días que no le conceden una visión completa. Avanza a duras penas por una acera teñida de gris; todo en el barrio parece ser de ese color, incluso sus gentes. Se para junto al acceso del abandonado pasaje Toledo. Tras la oxidada persiana de concha que cierra el mismo desde hace años, se puede ver todavía, desteñido por el tiempo, el cartel que anunciaba su última función. Acerca su cara hasta pegarla a la suciedad de la persiana. Tras unos segundos de contemplación, se lleva la mano a la cara y se levanta las gafas

para secar sus ojos con un pañuelo. Se aproxima a la esquina de la calle Santa Ana. En cuanto gire, desaparecerá de mi vista. Justo antes de hacerlo, se para de nuevo, mira a ambos lados de la calle —está desierta, es agosto y es temprano, la ciudad, envuelta en su vacío estival, duerme— y volviéndose hacia la pared, introduce su mano en una especie de hornacina que un día fue el pequeño escaparate de la papelería Alquezar —de esos que se cerraban por fuera con una pequeña reja delante del cristal, y en los que introducían las revistas semanales para que la gente pudiese ver sus portadas—. La bolsa que extrae del mismo no es pesada. Contiene solamente un panecillo, dos latas de menestra Rabinad y dos manzanas. Lo sé. También sé, que esa bolsa, mañana contendrá otro panecillo, dos plátanos y los dos botes de estofado de ternera que ayer a última hora, compré en el supermercado; cuyas puertas cerradas, contempla ahora Lina, ajena por completo a mi existencia, con un mohín de agradecimiento. *Son las seis y treinta y uno.*